

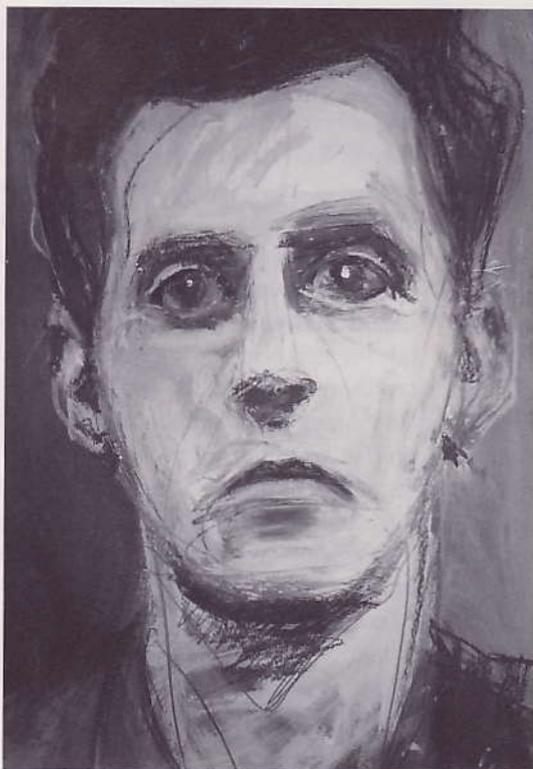
ONCE ENSAYOS

WITTGENSTEIN. ARTE Y FILOSOFÍA

Julián Marrades (ed.).

Plaza y Valdés. Madrid, 2013. 318 págs.

Parece que hay cierta convención en asegurar que destacan dos libros como los más señalados de la filosofía del siglo XX. Para unos sería *Ser y tiempo*, de Martín Heidegger; para otros el honor recae en el *Tractatus lógico-philosophicus*, de Ludwig Wittgenstein. Ambos libros son extraordinariamente complejos, aquejado el primero no solo por la densidad de su pensamiento, sino por la intrincada expresión de que hacía gala el de la Selva Negra; aparentemente hermético el segundo, cincelado con la rotundidad de una fórmula matemática y abierto, sin embargo, a múltiples interpretaciones. Los dos filósofos cultivaron un "estilo" propio que si no facilitaba la tarea de sus lectores hizo las delicias de sus comentaristas, exegetas y aduladores. Y, también, las de sus detractores. Fueron antiilustrados, antimodernos, y sus vidas no estuvieron libres de polémicas o anécdotas más o menos escabrosas. La relación de Heidegger con el nazismo basta para evaluar su catadura moral; más compleja, sin embargo, es la experiencia vital del vienés. Sus últimas palabras, al parecer, fueron: "Dígales que mi vida fue maravillosa", mas, recordando el título de la biografía de Rita Hayworth de Barbara Leaming, podemos sospechar que "si aquello fue felicidad..." Tiene sentido preguntarse por la vida de Wittgenstein porque él mismo avalaba la propuesta fichteana de que la filosofía de un pensador depende de su carácter y porque él mismo quiso hacer de su vida su obra, y de su obra una forma de vida.



Wittgenstein

Pierre Hadot, introductor de Wittgenstein en Francia, configuró un estupendo estudio titulado precisamente *La filosofía como forma de vida* en el que planteaba esa ahora cuestionable identidad en el mundo antiguo, como Foucault, en los últimos volúmenes de su *Historia de la sexualidad*, dedicados a la época, otorgaba decisiva importancia al "cuidado de sí" en las filosofías del momento; y Hilary Putnam, buen conocedor de la obra del austriaco, en *La filosofía judía, una guía para la vida*, relacionaba en ese sentido el pensamiento de Franz Rosenzweig, uno de los grandes filósofos judíos del pasado siglo, con la labor wittgensteiniana. Wittgenstein aseguraba –vanamente– no ser religioso, pero, afirmaba también, no podía evitar ver las cosas "desde un punto de vista religioso". Que no fuera religioso es más que discutible, y así lo atestiguan sus diarios, y la importancia de la religión no deja de ser

fundamental en su atormentada vida y en su fecunda obra. Curiosamente Heidegger provenía de la teología y parte de sus obras, tras pasar por la poesía, desembocaban en una especie de mística sui generis: "solo un dios puede salvarnos". También para Wittgenstein la poesía –el arte– era fundamental y también él parece abocarnos a una especie de mística regida por el asombro y el silencio: "de lo que no se puede hablar mejor es callarse". No deja de ser curioso que los dos grandes renovadores de la filosofía reciente concluyeran en el silencio y a la espera de un dios que nos redimiera. Ilustrativo, cuando menos, del devenir filo-

sófico al que asistimos. Lo sagrado y el arte no dejan de estar emparentados pues van, quizás, más allá de aquello que podemos decir con sentido, desde nuestras humildes fuerzas razonadoras, modernas e ilustradas. Pero Wittgenstein no era ni moderno ni ilustrado. Se dedicaba, como una especie de Quijote metafísico, a desfacer los entuertos que, precisamente, ese esfuerzo razonador, desmitificador y sacrílego había legado a la filosofía contemporánea. No proponía teorías: diluía problemas. Es cierto que sus ideas fueron cambiando con el tiempo, que los primeros postulados del *Tractatus* fueron corregidos, matizados o abandonados posteriormente, pero su estilo de pensar fue siempre el mismo, su proyecto contundente y sostenido. Isidoro Reguera en su interesante aportación al estupendo libro que ahora nos ocupa apunta, sin embargo, ciertas bobadas que debieran estar hace tiempo

superadas y que aluden a la melancolía y la locura del genio, unos supuestos discutibles y que nada aportan al esclarecimiento de una obra que se pretenda filosófica, por mucho que se quiera otorgar a ésta unas cualidades que exceden con mucho lo “razonable”. Puede que a bastantes les interese precisamente lo contrario, lo que un filósofo aporta de no razonable, supuestamente genial o incommunicable. Para los más modestos queda el esclarecimiento de lo común, de lo pensable y lo decible, de una ética compartible y una estética inteligente, sensible y aguda. Y en esto, como nos demuestran las propuestas de los colaboradores de *Wittgenstein. Arte y filosofía*, el torturado vienés tiene muchas cosas interesantes que decir. Son once ensayos, todos ellos interesantes, insistimos, a cargo de Allan Janik, Ilme Somavilla, el propio Reguera, Luis Arenas, Julián Marrades, Salvador Rubio Marco, Jean-Pierre Cometi, Carla Carmona, Nicolás Sánchez Durá, Antoni Defez y August Sarnitz. Yo no sé si, como se pregunta Marrades en la Introducción, hay que poetizar la filosofía, pero las razones que aportan los colaboradores para pen-

sar con Wittgenstein sobre la poesía, la música, el cine o la arquitectura son, a menudo, apasionantes. Se trata de desbrozar la relación filosófica que el autor austriaco estableció con el arte en un momento y un lugar, justamente, en los que el arte reflexionaba sobre sí mismo y se reinventaba como pocas veces había ocurrido y ocurriría a lo largo de la historia, pues era en la Viena finisecular en la que un privilegiado Wittgenstein nacía y crecía arropado por una familia acaudalada y volcada en el mecenazgo. La Viena que Janik y Toulmin estudiaron cuidadosamente y cuyas “afinidades” analizó de forma magistral Josep Casals. Wittgenstein escribió poco sobre estética y la mayoría de sus pensamientos y opiniones sobre el tema se encuentran desperdigados en anotaciones, diarios o conversaciones con alumnos o amigos, pero sus escasos apuntes dan mucho(s) juego(s). Algunas fueron recogidas en *Lecciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa* (Paidós, 2002) en cuya introducción Reguera nos presentaba con brevedad, solvencia y claridad los principios que regían el meditar wittgensteiniano sobre dichos

asuntos y que puede facilitar la lectura de los textos de Plaza y Valdés. A pesar de la dificultad del pensamiento de Wittgenstein *Arte y filosofía* puede ser leído con provecho por cualquiera que se interese por estos temas sin ser necesariamente un especialista en su obra ni estar al corriente de la última y abundante bibliografía que el autor ha generado. Las reflexiones acerca de la racionalidad de los juicios estéticos, el significado de la música, la función de la arquitectura o la categoría del cine, realizadas a partir o junto a Wittgenstein, plantean problemas filosóficos de hondo calado que, en vez de conducirnos al silencio, proponen nuevas discusiones y efectos. El arte y lo sagrado, la filosofía y lo inefable, el pensamiento y sus límites, la ética y el asombro, son, en suma, los mimbres que urden una obra y una vida, la de Ludwig Wittgenstein, que no creo ejemplares pero sí, desde luego, interesantísimas. *Arte y filosofía* es una estupenda muestra de ello.

Antonio García Vila